

Cita cumplida

Alberto Paredes

En este texto elegíaco el poeta Alberto Paredes hace una catarsis del duelo materno al tiempo que encuentra en la literatura una forma superior de consuelo: una manera de volver a ver la vida.

Inmortales los mortales
Heráclito

El duelo materno, la dulce y soterrada seducción del adiós a la madre. Un par de meses después de su muerte, los sueños me hablaron en su lengua clara, despojados de enseñanzas y alegorías evidentes. Es la luz de la ausencia; su sosegada lengua. Estoy, sin embargo, *fuera*. Un fuera sin marcas de hostilidad: ha empezado el verano y me he instalado nuevamente en París. Había pasado el año del declive de mi madre en México, yendo a la casa familiar con la esporadicidad que pudo alimentar el sabor del remordimiento. El año anterior y el posterior, mi universidad me permitió estar en Francia. Así que ese lapso era, definitivamente, un interregno de espera. Para ella, el fin de su decaimiento, para mí, la incertidumbre de nunca estar donde se debe; de tener los deseos más revueltos que las meticulosas maletas que ella veía llenar y vaciar.

Para ser puntual con el calendario de mi vida, tres años antes de este verano, la inminencia del fin ya me hablaba con imágenes para las cuales sólo tenía una consigna: ver y callar.

¿Arruino algo por decir de antemano que es un sueño? Una vez más estoy en la casa familiar. Veo, des-

de la salita de estar, a mi madre en mi cuarto de estudio. Donde de hecho casi nunca entra. Está de pie, abstraída, mirando los lomos de mis libros. Tiene su edad actual. Yo, que soy el menor de sus tres hijos, ahora sumo cuarenta y seis. El tiempo. Me dirijo a ella, desde el costado; no me advierte aún; la abrazo desde atrás, con fuerza, en silencio; los colores parecen otro sopor: tonos mortecinos. Tal vez, con el abrazo mudo, la elevo un poco del piso. Ella sabe que soy yo. No hay sorpresa alguna. No necesita volverse para saber que también lloro. Sólo entonces rompo el silencio con dos frases:

“No quiero que estés enferma”.

“Quiero que seas joven y fuerte otra vez. Mañana”.

He entregado toda mi energía —la más honda, la del segundo de la concepción, la del primer espasmo en los pulmones recién nacidos, la del último latido de la vida—, en ese rezo absurdo. Es un sueño; de viernes 13. Afuera sigue lloviendo.

28 al 29 de junio de 2005. “¿Chela, dónde está mi mamá? ¿Chela, dónde está mi mamá?”, *ostinato* de la pregunta para la cual el silencio es respuesta. Mientras eso dura, Wanda —que había partido antes que ella— se escurre debajo de mi caricia a lo largo de su

lomo y la escena onírica se disuelve como humo en la nada del sopor.

* * *

29 al 30 de junio. “Ahora sí ponme bien atención y hazlo luego luego... porque yo no puedo hacerlo y mañana...ya estaré muerto”. Se lo digo a mi sobrino Gerardo, mientras aprovecho el mismo domo onírico para razonar que está bien que mi mamá ya no esté a mi lado, y tampoco Chela... nos estamos yendo en orden de aparición y según la ley de la vida. Discretamente.

* * *

6 al 7 de julio. Un sueño feliz. No identifico mi edad; he de estar joven, pues mi mamá y papá están en la casa, conmigo. Convalezco de alguna enfermedad rutinaria. Los dos me cuidan, sin alarma, cada uno en su estilo: mi papá recetándome y curándome; mi mamá cuidándome, sin demasiados mimos, y dándome un té o algo así.

Al despertar acepto: estoy contento y tranquilo; veo que mis sueños son lengua profunda mas serena —me instalan en el lar; es decir, en español.

* * *

7 al 8 de julio. Estamos en la casa, solos —es decir *muy a gusto* y tranquilos— mi mamá y yo. En el *hall* donde hacemos nuestra vida. Ella baja; tiempo después, me

extraño que no haya vuelto. Desciendo a buscarla, llamándola; silencio. Entro a la cocina y veo los trastes de nuestro desayuno en el fregadero, con agua, a punto de ser lavados, pero frágiles pues se apilan en una montañita. Oigo sus pasos, salgo al patio y la encuentro (había ido al baño del consultorio). Le pregunto “¿Cómo te sientes mamita?”. “Pues régules, mijito”. La abrazo.

(Me da gusto que no huela feo, pues a media escena, por supuesto que sin despertar, recordé que en sus últimos días exhalaba humores podridos, pues estaba increíblemente intoxicada de urea... al mil por ciento quizá. “No entiendo cómo se sostiene en pie, sola”. Decía en esos días finales la voz de un amigo médico).

En esta escena se vale plenamente por sí sola, sube y baja la escalera, ve lo suficiente, escucha mi voz baja, salida de mis sentimientos por ella, como reflejando todos los años que he sido hijo de sus cuidados; camina y se hace fuerte diciéndome que está “régules”.

* * *

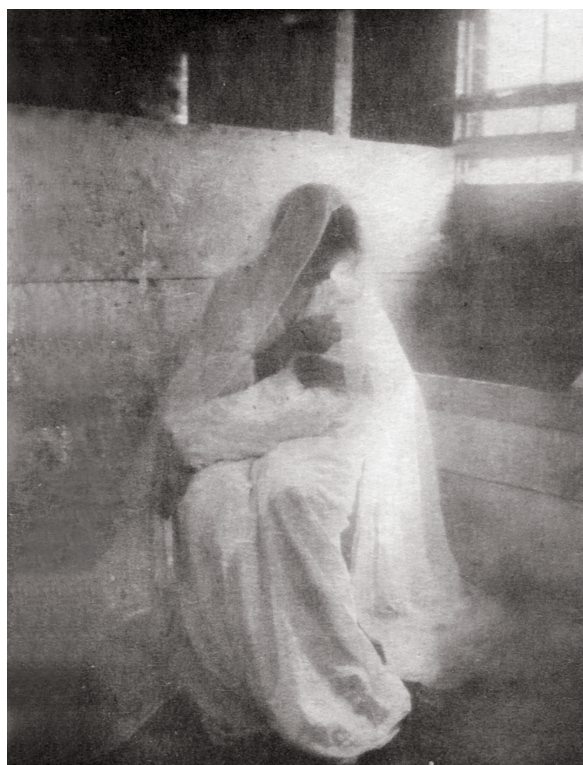
8 de julio. Un no sueño. Salgo fastidiosamente tarde de la Maison du Mexique, pero a tiempo para recorrer íntegro el espectáculo alegórico de las fuentes de Versalles, que culmina con el esplendor de Apolo, al extremo opuesto del palacio. Al salir del recinto histórico, dejo adelantarse a los últimos turistas. Vagabundeo por el pueblo. Descubro una tienda de comestibles portugueses... Vuelvo a balbucear esa otra madre, la lengua lusa. Trato de emitir el gutural “Reguengos”, digo el refrán *Português só faz bem, pastel de Belém!*, mientras paladeo su pálida evocación salpicada de canela, ofrecida por el horno



Alvin Langdon Coburn, *Mother and Child*, 1904



Gertrude Käsebier, *The Picture-book*, 1905



Gertrude Käsebier, *The Manger*, 1903



Eduard J. Steichen, *Mother and Child-Sunlight*, 1906

de esta alentejana. “Adeus, boa tarde”. Salgo y descubro la iglesia, moderna y extramuros. Con jerarquía de catedral. Entro, en esta media tarde de domingo. Es justamente el momento de la consagración del pan y del vino. Acompaño el resto de la celebración. Tomo la bendición. Nuevamente espero a estar solo. Me percato finalmente: tendrá una profundidad similar a la de la Villita, la iglesia de mi familia. Esta iglesia alcanza a ser bella, en su auténtico estilo neoclásico. Luminosa y sobria.

Me doy cuenta: ya nunca volveré a salir de misa, ningún domingo al empezar la tarde, dando el brazo a mi mamá. Ella, que vino aquí y le encantó el castillo de los Luises. Pero no habrá entrado a la catedral, fuera del castillo. Ya nunca. Tengo lágrimas en las pupilas; empiezan a manchar los lentes. Sin embargo son pocas, las dejo estar. Aceptar y aceptarlas. Que las seque el fin de esta tarde grisácea, estival, tan típica. Me dirijo al RERC, de regreso a París. La cita está cumplida.

En una semana salgo a Rouen, por primera vez en mi vida. ¿Dónde estás, voz materna?

14 de julio; mis anhelos diurnos se preguntan cómo será vivir en Rouen, a la sombra de Flaubert y de Monet. Merced a la duermevela vuelvo a evocar, bajo el entresueño por el que uno se deja guiar a ojos somnolientos: uno de los recuerdos de mi primera edad. Es día de fiesta (¿Día de las Madres, fin de cursos?) en el jardín de niños orondamente llamado “Club de leones” ubicado a cuatro breves cuerdas de la casa de mi in-

fancia, pequeña y con un domo de juguetería. Después de las últimas instrucciones, las profesoras pasan a todos los niños al patio central. La media mañana se extiende cariciosamente, iluminada por un sol tierno y dulce. Nos sientan en una especie de flor de loto, a lo largo del perímetro del cuadrángulo del patio. Mi grupo está hacia el fondo; la distancia, desde ahí abajo (el abajo de las cucullas y de la primera edad que empieza a asomarse) a la reja de la entrada principal, extiende un tapete de lejanía invisible a los adultos. Las madres empiezan a llegar, los niños nos inquietamos, bullimos sin atrevernos a abandonar nuestra posición; torsos y cuellos infantiles ondulan como queriendo prolongar la visión, tal telescopios rudimentarios.

Los segundos o minutos comienzan a pesar sobre aquellos que aún no han identificado “la suya”, entre ellos yo. Y entonces aparece su silueta. Recuerdo, invento que recuerdo, un vestido blanco estampado en naranja, mangas cortas y escote de temporada, pues definitivamente debe ser el sol de primavera. Es ella, mi mamá, entonces joven; sigue cruzando el zaguán de entrada en medio de las profesoras que saludan a cada nueva madre, y la mía parece sonreír y decir algunas palabras sin que su mirada venga a ahuyentar el asedio de mis ansias. Es ella, ahora la veo mejor y exclamo feliz a mi amiguito de junto “¡La del collarote, ésa es mi mamá!”. Si de algo estoy seguro, a lo largo de este recuerdo, de esta escena rescatada del derelicto de los años, es que ésa fue la frase.

Pues me oyeron. ¿Habré gritado librando al fin la tensión?, ¿o alguien atrás nuestro, algún adulto, escuchó y después contó? Pues por años supieron en mi casa

que ésa había sido la frase. Que así señalé mi mamá a mi amiguito. ¿Dónde está ese otro profesor que oyó y preservó? ¿O realmente mi voz se habrá abierto paso, para siempre, como una flecha impregnada de vida, hasta el portón de entrada, habrá franqueado la maraña enemiga de voces, risas, ruidos y distracciones, para llegar a su blanco necesario y desplegarse como un heraldo puro e inocente que hizo sonar la nota de su clarín de bienvenida? ¿Quién eres, pequeño cómplice a quien llevé con las alas de mi sed infantil a identificar a mi madre? ¿En qué persona te has convertido?, ¿subyace también en ti esa escena o se ha pulverizado?

“¡La del collarsote, ésa es mi mamá!”. Mi mamá, a quien enloquecían las joyas, afeites y adornos. Se le iba a cremar, ¿para qué vestirla con sus brillantes?

Acaba el tiempo de este otro sol, el verano en París. Rouen será mi nuevo hogar temporal. Pues una vez que uno sale a vivir por la vez primera fuera de la casa familiar, todo queda bautizado por la señal del tránsito. Mi madre al fin o tan pronto ha sucumbido a su agonía. La partida definitiva hace que ese ser del que hemos sido entraña crezca invisiblemente, en silencio, de tal forma que palabras como amor, duelo, vida, cobren —en relación a ella y a nuestra intimidad— una di-

mensión inexplicable; una suerte de domo que porque no está nos recoge siempre.

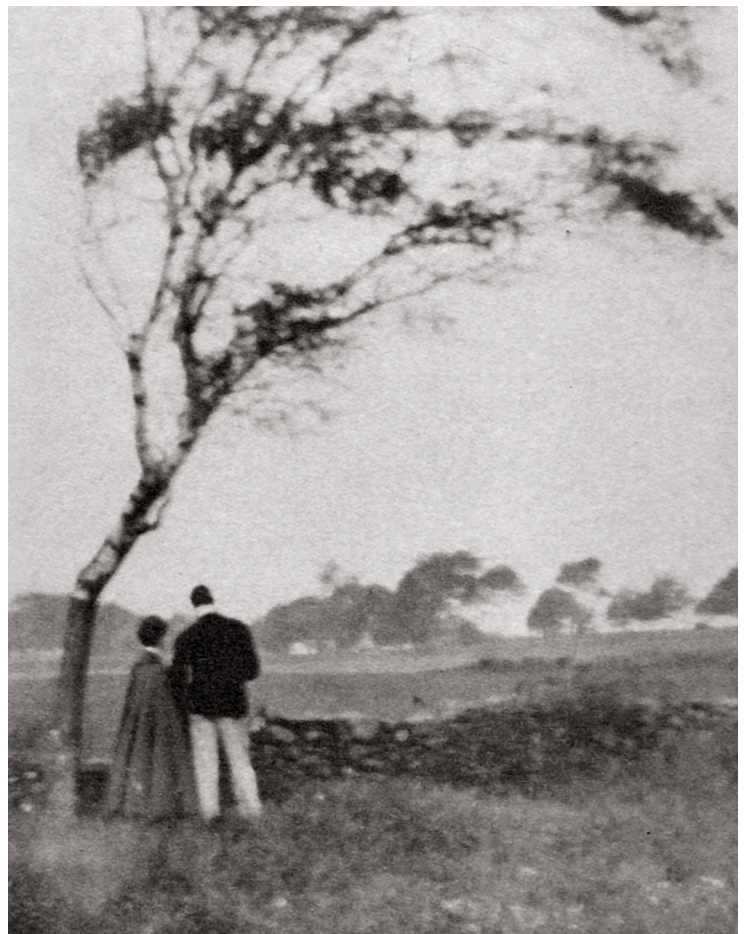
Estaba el hijo lleno de silencio.

Leo, con rubor, la generosa impresión que estas notas provocan en Jorge Aguilar Mora: “Alberto, me preguntas si es un texto público o privado. Yo creo que es público... o, mejor dicho, que una lectura de ojos ajenos no tiene posibilidades de manchar la imagen de tu madre”. Con ese abrazo del amigo desde la distancia, me pertrecho en mi Lezama y, ya sin releerlo, lo transformo para que su obra siga impulsando mi vida: ¿Si no la intimidad, qué valía la pena escribir? Poder ser un fragmento en la órbita de irradiación lezamiana. Sean ustedes, madre, familia, Lezama, amigos en el corazón secreto, mis penates.

Estaba el hijo lleno de silencio. **U**



Clarence H. White, *Morning*, 1908



Gertrude Käsebier, *Pastoral*, 1905